

EL

URUGUAY

REVISTA
QUINCENAL

◆ ◆ ◆ ILUSTRADO

SUMARIOS

TEXTO—Cosmológicas—Apólogos—Referencias: de la Dirección—Acuarelas—"El Problema", de Victor Pérez Petit—Tres edades, de Otto Miguel Cione—Agudezas de "Fablas"—Empresario de larpel, de Fablas—En un album, de Luis Ponce de León—Secreta venganza, de José M.^a Blanch Colloñer—Nuestros grabados—Crónica Noticiosa, de la Redacción.

GRABADOS—La Ciencia, doctor Alfredo Navarro—Montevideo antiguo, El Fuerte: Casa de Gobierno—Montevideo moderno, El Palacio de Gobierno—El Moisés de la Meseta, General don José Gervasio Artigas—Agudezas ilustradas, por Sabat—... y me fui á fondo.

COSMOLOGICAS

APOLOGOS — REFERENCIAS

Nota Póstuma: Los residentes alemanes están de duelo y con ellos todos los súbditos del gran imperio germánico. Su tristeza y pesar lo causan la muerte sentida del Príncipe de Bismarck, por otro nombre, «Canciller de Hierro» nosotros á su conlencia nos asociamos, por el mérito y virtudes de los tan próbos y hacendosos germanos, puede decirse, nuestros convivientes, y también por los timbres de gloria nacional del ilustre muerto. Sólo sentimos no poder hablar de él como de un benefactor de la humanidad, pues, que, á beneficio de estrecho egoísmo y para honrar el principio del más fuerte, lanzó á la lucha á dos millones de hombres, produjo ruinas sin cuento, encharcó de sangre los feraces campos y las ciudades gloriosas de un pueblo noble, hidalgo y culto, despojándole, á mas, de sus tierras y de sus inmaculadas glorias y derechos.

¡Gran ciudadano, el hombre de hierro! Lo será, no hay duda, para el pueblo teutón si este sustenta el sarcástico aforismo del promotor de la cruel guerra del séptimo decenio de nuestro siglo, pero no para los demás pueblos, víctimas expiatorias del más grande y más fuerte.

Para nosotros, tanto vale el CANCELLER DE HIERRO, como Napoleón el Grande ó Carlos de Gante; el mismo Atila achataando cráneos y talando la feraz campiña é incendiando las ciudades históricas, en aras del falso derecho del más fuerte, con su masa de hierro y los cascos de sus corceles de

LA CIENCIA



DOCTOR ALFREDO NAVARRO

guerra, fué tambien un GRAN HOMBRE para su pueblo; lo que los otros.

Pero fuera de la órbita del egoísmo y ante la ciencia, la lógica y la verdad, todos ellos, otra cosa no fueron que verdaderos verdugos, apóstoles de destrucción y doctrinarios brutales de la FORCE PRIME LE DROIT

No desconocemos los méritos del ilustre muerto, ante sus conciudadanos, como los adquiridos por Mac-Kinley por ejemplo, para los suyos.

Más, fuerza es confesar que ambos se echaron al camino para engrandecer á sus pueblos, con los despojos de sus víctimas.

To be or not, to be, that is the question; dijo Snakespeare.

Equilibrio Europeo (!) Concedida que ha sido por el *Tsung Li Yumen*,—Ministro de Relaciones Exteriores de la China,—al Gobierno ruso, el derecho de establecer el proyectado ferro-carril de Chin-Chan y Han-Kou, cuestión que amenazaba declinar en conflicto, parece que han sido dirimidas las diferencias motivadas de tal concesión, entre Inglaterra y Rusia y Francia.

Últimos telegramas nos anuncian haberse convenido entre las citadas naciones en un *entente* que consiste en limitar sus *ocupaciones* al Norte, Centro y Sur del imperio celeste, respectivamente, las naciones y en el orden citado.

Mas vale así, pues, sería doloroso inquietar á los colosos en la labor fecunda de su engrandecimiento, de cargo y cuenta del extraño, se entiende.

**

Expediente expeditivo: Ya los cañones del almirante Candiani no turbarán la tranquilidad patriarcal de los habitantes de las selvas colombianas, ni destruirán sus poéticos pueblos, ni causarán la muerte de aquellos bondadosos ecuatorianos.

Ellos entregan dos millones escasos de liras á los acreedores de Cerruti, que, seguro no son los primordiales, y si algo parecidos á los de Mora, célebre negociación hispano-yanqui, y todo concluido.

Nos felicitamos que así sea, como de que en ello nada tenga que ver el *señor Monroe*; contra morosos cañonazos. Así lo establece la civilización *fin de siglo*.

**

La paz de los muertos: Así titula el ilustre Dicenta la celebrada entre... el gobierno español, es decir el que dice que gobierna á España y el de Norte América, vale decir, también, lo *mismo*. Algo peor la calificamos nosotros, que el literato nombrado, pero en fin, basta con decir que esa será para España la paz de los sepulcros, si de ahí no viene la famosa paz de Varsovia.

Pero, nosotros no podemos pretender más, aunque españoles, que lo que pretenden los de allende los mares y esos están conformes ¡vaya si lo están! y se divierten, hasta que despierten del cruel y horrible marasmo y la vergüenza y el hambre sea el acicate que los lleve á la reparación del agravio.

Es indudable y lo predecimos, que el fin de este siglo reproducirá las postrimerías del siglo faneado.

Altos y escarpados son los Pirineos, pero no creíamos que costara cien años trasponerlos. Y es, que el genio de la revolución camina lentamente, pero camina y con seguro paso, paso que aniquila y destruye; devasta y conmueve.

La revolución de España, que auguramos, será social, evolución sangrienta y no sedición de trastocamiento político, desde que su germen moribundo, no sólo está encarnado en las entrañas del sistema, sino en el organismo social, que está dañado.

Dogma y método, idea y hábito, tienen que recibir transformación completa. Sobra allí corazón; falta allí cabeza; se lucha y se muere al azar del capricho, con la abnegación brutal del ilota y no se sabe dar la vida, comunmente, por el decoro de la patria.

Esto decimos, y esto es el axioma.

¡Bien haya el día que muera Don Quijote y que España, nuestra querida España, tal cual la concebimos en fantásticos sueños, luego de leer las páginas mas gloriosas de su historia, renazca, como el ave Fenix de sus propias pavesas y cenizas!!

Sólo entonces, será grande, sobran medios y no falta materia: es el pueblo español cera virgen, blanda y dúctil que se amolda al caldeo del fuego sagrado de la Patria. Hay corazón, abnegación y desinterés sublimes; tres factores que asociados al valor, que allí no falta, producen la acción viril de las obras magnas, en cuanto haya cabeza y buen intelecto que los dirija.

¿Alcanzaremos la buena era? Es probable, luego que naveguemos hacia el puerto de promisión, por entre mares de sangre.

¡Pues, que esta sea redentora, y no importa un osario más, luego que tenemos la tierra hispana y el mundo entero, calcinados por los despojos de nuestros antepasados, en luchas, no siempre justas y redentoras, pero siempre bravías y gloriosas.

**

Silogismo: Consecuentes los nuevos pueblos con las leyes de afinidad, de conservación y de codicia, heredadas de sus progenitores y por efecto de la *ciencia moderna*, también en América brillante, en la tierra del porvenir, se ciernen sobre sus pueblos el pájaro agorero y el carnicero, que se alimenta de carne muerta.

Bolivia con el Perú, Chile con la Argentina y las pequeñas repúblicas del Ecuador, se agitan al rudo tronar de la algarada y al son del clarín de la conquista.

¡Que el hado de la paz se la depare completa, por honra propia y para tranquilidad del justo!

Otra que guerra es la misión que tienen que llenar los pueblos del porvenir, la América republicana.

**

Resumen: Que no podemos llevar á nuestros lectores el delicioso manjar de los Dioses. Guerra aquí y allí, despojos y latrocinios é infaustas promesas, son las que nos dá en primicia, el carcomido árbol secular.

Ni descubrimiento científico alguno, que no sea falacia y sofisma ó el mortal explosivo. Nada humano! nada bueno!... y al seguir así el último decenio del siglo, por decir estamos, que, esto no es fin de siglo, sino *fin del mundo*.

LA BELLEZA



Fotografía Chute-Brok.

SOFÍA GOMEZ CIBILS

Como derrama el sol en la alborada
el blando rayo de su luz divina,
para besar tu frente inmaculada,
hizo Dios esa luz en que germina
la suprema belleza idealizada.

Y así fué, que nació la soberana
visión, esplendorosa de la vida,
que lleva claridad de la mañana
en los pálidos ojos y, encendida,
vibra en sus labios, trémula, la grana

C. L.

DE GIMENEZ PASTOR

COLON

Das largas filas de altos eucaliptus melancólicos que estienden allá lejos, lejos, una interminable calle umbrosa, promesa de frescura; á los lados el verde bullón rizado de las viñas; de cuando en cuando el tañido inocente del esquilon de la capilla... tal es Villa Colon, en realidad.

Todo el encanto de lo que es tranquilo y misterioso y discreto, vaga, en su ambiente diáfano como mirada de ojos claros, entibiado en las tardes tristes por el calor amigo de olvidadas confidencias que oyó el crepúsculo á espíritus abiertos, en la hora de las melancolías, y que flotan invisibles y silenciosos como perfumes.

Es la más dulce calma la de aquel sitio, y en la hora soñolienta de la siesta, cuando chirría lejano el grillo y cabecean aburridos los árboles, al arrullo de la brisa, tendiendo su larga línea de sombra sobre el suelo seco y polvoroso, mientras el follaje joven murmura sin testigos sus eternos chismes, el alma descansa alegrada por la inundación de azul que ha corrido de un lado á otro del cielo, tendiéndose como onda moribunda, al acostarse en la arena de la playa.

DOGMA DE SANGRE



DON CARLOS DE BORBÓN Y ESTE

¿Quienes escribirían esto? Ese *Alfredo*, esa *Maria*... jóvenes, indudablemente, enamorados, alegres...

¿Qué será ahora de ellos? ¿Habrán vuelto unidos, fieles á su fe, á mirar aquellos signos, grabados en una rosada hora de amor; habrán vuelto á sonreír al viejo eucaliptus que escuchaba el verso de sus palabras, ó, apartados ya por los vaivenes del destino, olvidados uno de otro, habrán pasado por allí, bajando los ojos, avergonzados de la infancia de su corazón, sin amor ya, borrado de él el recuerdo que aún conserva el árbol triste, benévolo confidente de sus confesiones?

¿O quizá habrá vuelto el ave abandonada hacia él sus ojos húmedos, para decirle:

«Adios, viejo árbol que nos visteis juntos y amantes grabar en tu tronco añoso nuestras sombras; ya lo ves; yo vuelvo sola... Y extraño estos lugares tanto!... ¡Cuántas hojas secas hay ahora aquí, Dios mío!»

«A tu sombra ¿te acuerdas? leímos juntos aquella dulce y melancólica rima de Lamartine que escuchaste arrullándonos con tu armonioso canto de murmullos.

*O lac! l'anée a peine a fini sa carrière,
Et près des flots chéris qu'elle devait recevoir,
Regarde! Je viens seule m'asseoir sur cette pierre
Où tu la vis s'asseoir!...*

—Ya lo ves; vengo sola....

*Regarde! Je viens seule m'asseoir sur cette pierre
Où tu la vis s'asseoir!*

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.

El Uruguay Ilustrado—Se suscribe, principalmente, en la administración provisional, calle de Goes núm. 84 (altos) y en las librerías de Carlos Ovalle, 25 de Mayo 258 y de Vazquez Cores y Montes, 18 de Julio 148.

DEL DOCTOR VÍCTOR PÉREZ PETIT

ACUARELAS

EL PROBLEMA



LUERA, los colores de humo de la noche, descolgándose de lo alto, para extenderse como tupido velo sobre la tierra. Algunas estrellas descienden del fondo del infinito para hacerse visibles, y tiemblan como asustadas luciérnagas. Un gran silencio, tan sólo interrumpido de vez en cuando por el lejano rodar de un carruaje que pasa.

Lulú charla alegremente con Nina y Violeta en el elegante *boudoir*. Sentados en el cómodo canapé, un poco retirados de las hermosas niñas, Alfredo y Roberto sostienen, por su parte, animado diálogo.

—En verdad, es todo un problema — exclamó el primero.

—Un problema, eso es.

—¿Y como le llaman?

—El problema de Molineux.

Violeta se volvió hacia ellos y preguntó:

—¿Molineux? ¿Quién es Molineux?

Sonriendo galantemente, Alfredo contestó á su amante.

—Bah! Tú no le conoces, querida mía. Es un filósofo ó cosa así...

—En todo caso—exclamó la picarezca Lulú—¿será más amable que Vds., no es cierto?

—¿Por qué, Lulú?

—Porque estando en compañía de mujeres bonitas, no se irá á charlar tonterías con los amigos.

Roberto extrajo una larga bocanada de humo de su habano, y después, con mucha calma:

—No son tonterías, queridita,... es todo un problema filosófico—dijo.

—¿Y podremos entenderlo nosotras?—contestó llena de encantadora burla la amable joven.

—Porque nó? Oigan, pues.

Hubo un instante de silencio. El pequeño reloj, sobre la consola, marcaba el tiempo con alegre tic-tac,—medio perdido entre dos jarrones repletos de vivísimas flores. Luego, Alfredo continuó:

—Supongan Vds. un ciego de nacimiento, llegado á la edad de hombre, y al que se ha enseñado á distinguir, por el tacto, un cubo de un globo, del mismo tamaño y composición, por manera que cuando toca el uno ó el otro, sabe decirnos cuál es el cubo y cual es el globo. Supongan, también, ahora que dicho ciego recobra la vista, y que se le presentan el globo y el cubo. Hé aquí el problema: se quiere saber si ese hombre, sin tocar los objetos, podrá reconocerlos ó nó.

—¿Y que han resuelto los señores filósofos?—preguntó Lulú sin dejar su sonrisita burlona.

—Pse! Nada, á decir verdad—contestó Roberto.—Formulada así la pregunta, Leibnitz está por la afirmativa, y Locke por la negativa.

—Conque, señorita Lulú—exclamó Alfredo,—¿le parece á usted que es una tontería el problema?

—Sí.

Roberto y su amigo se miraron, un poco asombrados. Lulú continuaba sonriendo.

—Y digo más, todavía — prosiguió ésta;—digo que eso no es problema ni cosa que lo valga. El verdadero problema sería el de averiguar si ese ciego, al recobrar la vista, puede distinguir entre dos cubos, dos globos ó dos cilindros, como se quiera...

—Bah!...

—Cómo, bah!... señor mío... Eso una es impertinencia...

—Protesto que mi ánimo no ha sido...

—Cállese usted!...

—Ya estoy mudo... ¿Es otro problema?...

—Casi, casi—exclamó, riendo de todo corazón la linda joven. — Se trata de saber si usted es capaz de guardar silencio cuando se le mande.

Alfredo no chistó siquiera. Lulú soltó la carcajada.

—Pero, en que quedamos, hada mía?—preguntó Roberto—¿Cómo resolverías tú el problema de Molineux?

—¿Yo? ¿no lo he dicho ya? Por la afirmativa, como... como...

—Leibnitz—apuntó Alfredo.

—¡Semipiterno charlatán! Lo iba á decir yo!

—Pero veamos...

—No hay que ver nada. Está resuelto. Y digo más: digo que ese ciego, en idénticas condiciones, puede diferenciar y distinguir un cubo de otro, un cono de otro cono, y un cilindro de otro cilindro... ¿Verdad, Nina?...

¡Oh! ¡Que divino rubor el que encendió las mejillas de la hermosísima joven! Reclinada voluptuosamente en la hamaca acolchada con bordados de riquísima seda, Nina había oído, sin chistar, toda la conversación. Ahora, ante la brusca pregunta de su buena amiga Lulú, su cuerpo había sufrido un secreto estremecimiento de paloma prisionera, y sus ojos divinos temblaron con un rayo fugitivo.

—Ah! Nina lo sabe!—exclamó Roberto.

—¿Yo? ¡Dios mío! Si yo no sé nada...

Y fué tan bien remedado el candor con que la encantadora mujercita balbuceó estas palabras, que Violeta—su confidenta más fiel—encontróse conmovida hasta derramar lágrimas.

Nina parecía soñar. Sus manitas de nácar sostenían la barba; sus ojos, velados por la sombra misteriosa de las pestañas, estaban fijos en un lazo color de rosa de su vestido. ¿En qué pensaba? Tal vez en algún bosque lejano donde el perfume de las florecillas silvestres invitaba al reposo.

—Vamos á ver; cuenta Lulú, cuenta pronto,—dijo impaciente Roberto.

—¿Tú lo mandas?

—Y bien, si así lo quieres, yo lo mando.

Entonces la hermosísima joven se reclinó en el sofá, y empezó su historia con voz lenta, muy lenta, y baja, muy bajita.

MONTEVIDEO ANTIGUO



EL FUERTE: CASA DE GOBIERNO

—Era una hada pequeñita, transparente como el sueño de una virgen y pura como el primer rayo del lucero. En sus lindos ojillos, semejan'as á esas pintas metálicas que adornan las alas de las mariposas nocturnas, vivían reflejos de luz, misteriosos y serenos. Su cuerpo gentil, de líneas perfectas é ideales, con curvas arrebatadoras, hacía soñar en esas voluptuosas solitarias que desmayan de amor sencillo y sublime en los poemas de Longfellow. Y su corazón enamorado, y su alma inocente, semejaban á ricos vasos de cristal, guardadores de exóticos perfumes, que nunca el contacto humano había manchado. Su nombre era Má.

Pero, ¡ay! la divina hada de mi cuento era ciega de nacimiento y para el amor. Jamás el pícaro Cupido había venido á mojar su flecha en el vaso de cristal con esencias misteriosas de la querida Má. Nunca un silfo gentil llegó á conmover aquella caléndula sensitiva. Su frente serena como el cristal de un lago plateado, no había llegado á plegarse pensativa bajo el peso dulcísimo de un pálido ensueño de pasión. Má era ciega para las divinas alegrías y las eternas primaveras del alma.

Sin embargo... Era una noche de Diciembre, como ésta: los colores de humo de la noche descendían de lo alto para extenderse en pesados girones sobre la tierra dormida. Algunas estrellas descendían del fondo de los cielos, dejándonos entrever sus miradas de luz, temblorosas como asustadas luciérnagas. Un gran silencio se tendía en la vasta soledad de los campos.

Y él, el silfo predestinado, apareció de pronto en un claro del bosque, junto á un pino corpulento. Un instante se miraron en silencio; después,

- ¿Como te llamas? -le preguntó él.

Y entrecerrados pudorosamente sus lindos ojitos de gacela temerosa, contestó:

-Me llaman Má... ¿Y tú, como te llamas?

-Allá muy lejos, en mi patria del Sol, me nombran Araguirá, el pájaro de luz...

Se habían sentado sobre la hierba y charlaban amigablemente, bajo el dosel gigante del pino perfumado. Sus almas acababan de comprenderse; sus corazones se unían. Bajo la música celeste de las palabras de él, más dulces y sentidas que esas que murmura el viento entre las ramas de los viejos árboles, cuando cae la tarde, Má sentía que una plácida somnolencia invadía su cuerpo todo, llenándola de dulzura.

-Tómame... soy tuya...

Los labios se unieron, y sobre aquel silencio inmenso que dormitaba en la vasta soledad de los campos, pareció que palpitaba un murmullo levisimo de placer, un dulce repiqueteo de gotas de rocío cayendo sobre la cara trasparente de un finísimo cristal de Bohemía.

Lulú guardó silencio algunos instantes. Todos la oían religiosamente, mecidos como en un sueño por la bonita charla de la niña encantadora. Sólo Nina, en su hamaca de sedas multicolores, parecía distraída, siguiendo el vuelo de sus recuerdos.

MONTEVIDEO MODERNO



EL PALACIO DE GOBIERNO

Lulú hizo un pequeño mohín lleno de encanto, y prosiguió su historia:

- Muchos días después, la hada azul de mi cuento, concurrió, como lo hacía todas las noches, á la cita de su amado. Era una noche oscurísima, tan oscura que no se lograba distinguir, á un centímetro de distancia, los pistilos de las flores silvestres. Má tenía mucho miedo, pero al amor no detiene barrera alguna. Envuelta en su manto de amapolas llegó á la alcoba nupcial. El amante la esperaba ya; y aunque no le veía el rostro, su beso de amor, con que la recibió, le llenó el alma de dulzura.

En silencio siempre, sin murmurar una palabra, entregados por completo á su dicha, abandonáronse sobre la olorosa hierba. Él la había cogido entre sus brazos y la llenaba de tropicales caricias. Sus besos eran cada vez más apasionados. Una infinita dulzura recorría el cuerpo de ella en ondas tibias y perezosas.

Pero, he aquí que de pronto el corazón de la diminuta hada dá un vuelco. ¿Qué es ello? ¿Qué es lo que siente? En medio del placer indefinible que reclina sus párpados y acelera las pulsaciones de su amante corazoncito, una duda viene á tenderse ante sus ojos. Aquél no es su amante; aquél no es el silfo de sus amores; aquél no puede ser Araguirá. No puede verle, porque los colores de humo de la noche se condensan y parecen hacerse cada vez más espesos; pero el tacto no la engaña. El cuerpo que se estrecha contra el suyo no es el de su amado Y sin embargo, las caricias, los besos, todo, todo es

igual ¿Qué pensar, Dios mío? Má quiere alzarse, interrogar; pero la boca sedienta de su amante la mantiene prisionera. Y su alma se entristece, y su corazón se enciende en sollozos. ¿Le estará siendo infiel á su Araguirá.

Aldía siguiente, Má lavaba sus piecillos de arminio y rosa en el arroyo de aguas azules, pensando siempre en la ventura de la noche anterior. De pronto un murmullo suavísimo la hizo volver la cabeza.

¡Dios mío! que cosa más extraña! Dos silfos idénticos, absolutamente iguales en estatura, en rostro, en modales, se aproximaban conversando. Y era, Araguirá, Araguirá su amante; pero, ¿cuál de ellos? La voz, los gestos, la mirada, las líneas todas de sus cuerpecitos elegantes eran absolutamente iguales. ¿Cómo distinguirles? Ni una huella, ni un signo revelador: dos almas gemelas, en una palabra.

Má sintió una opresión en el corazón. La duda de la noche antes, se le presentaba neta y precisa. ¿Habría engañado, sin quererlo, á su dulce amante?

—¡Hé ahí en efecto, un caso más difícil de resolver que el problema del Molineaux!—interrumpió Alfredo.

—Muy bien;—apuntó Roberto—ahora veamos la solución.

—Es sencillísima,—dijo Lulú.—La diminuta hada de mi cuento, la bella Ni... ¡Ah, qué horror!—se interrumpió vivamente y mirando á la preciosa Nina, cuyas mejillas de nieve se tiñeron de un rosa suavísimo. Luego prosiguió la encantadora Lulú:—La hadita Má quiso salir de dudas, una vez por todas, y reconocer á su verdadero amante... Pues bien...

—¿Qué hizo?—interrogaron todos á la vez.

—Llamó á ambos silfos y tomando su precioso anillo de coral—una joya diminuta y valiosísima—la probó sucesivamente en el dedo anular de cada uno de los hermosos donceles. El primero resultó tener un dedo pequeñísimo, un verdadero encanto; pero, el anillo le quedaba grande, y se le caía. En cambio, al segundo le iba justo: aquel era el amante, el verdadero Araguirá.

—Por lo demás—agregó Lulú sonriendo picarescamente—bien sabía Má cual era su amante. La noche anterior había notado el fraude: he ahí el problema de Molineux. La experiencia del día siguiente, fué. .

—Concluye, pues—dijo Roberto.

—Fué una experiencia de mujer. Ni Locke ni Leibnitz, con ser tan sabios, hubieran tenido esa idea.

Y la pequeña Lulú, con un gesto de soberano desprecio, abandonó su asiento y fuése á besar la frente de la hermosa Nina que, arrullada tal vez por el murmullo de la conversación, se había quedado dormida profundamente,—los labios de grana entreabiertos como soñando con besos invisibles de un silfo enamorado, y la frente irisada por un levisimo tinte róseo de bien fingido pudor, á la manera del que tiñe un lago helado cuando sobre él se quiebra el primer beso de la aurora.

EL MOISÉS DE LA MESETA

VICTOR PÉREZ PETIT.



GENERAL DON JOSÉ GERVASIO ARTIGAS

TRES EDADES

Inspiraste pasión á un libertino
Con tu hermosura é infantil donaire
Y la pureza de tu ser divino,
En la feliz edad que no se olvida,
En la feliz edad que todo es aire,
En el jardín risueño de la vida.

Triste mas tarde mi ilusión querida
Y cediste á mis ansias y á mis ruego,
En la dichosa edad que todo es fuego
En la fecunda parte de la vida.

Obedeciendo á tu fatal destino
Hoy que ya no eres planta florecida,
Pálida estrella en nebuloso cielo,
Vuelves á ser pasión de un libertino,
En la cruel edad que todo es hielo
En la llanura estéril de la vida.

OTTO MIGUEL CIONE.

AGUDEZAS DE "FABLAS"

EMPRESARIO DE CARTEL

—Señorita, siento decirle que no la puedo contratar á usted. No me bastan las cualidades desarrolladas.

—No le gusta á usted mi escuela?



Fuí premiada en el Conservatorio....

—Nó; no lo dudo. Más diré á usted, que tiene condiciones musicales de primer orden. Canta usted perfectamente bien, admirable! Posée excelente vocalización, bastante potencia y sonoridad y en fin, afina usted bien las notas y con gusto... pero...

—Pero, qué?

Pues, que todo esto no basta. El arte moderno requiere algo más; mucho más, es decir, lo esencial.

—No... adivino!

—El caso es que no se como expresarme [con usted Sin embargo, es necesario.

—Pues bien, señorita, sepa usted, que hoy la gente no está por lo florido y lo *soso*. Hoy el arte no es arte. . es pura estética. ¿Comprende usted?

—No . señor.

—Bien pues, el arte hoy, es... vamos, son PIERNAS! . y

—Pues á Roma por todo, pero con discreción, caballero ¡tengo hambre!

—Muy bien... muy bien. Tiene usted un pie de hada, de hurí, de ninfa; contornos primorosos, más.. siento decirlo que todo eso no basta tampoco.

—Caballero! se burla usted de mi pobreza?

—Nada de esto, señorita. No se ofenda usted, ni se ruborice, pero yo voy á mis intereses y con una tiple de sus condiciones, con ser toda un artista, daría quiebra.

A mis intereses me atengo, algo tarde y escamado.

El gusto del público está por demás estragado y ni siquiera en lo plástico es selecto.

Tiene usted condiciones de artista, es amás correcta, agraciada y... bonita. Por que no decirlo.

—Muchas gracias.

—No se ofenda usted, repito, y continuando diré, que todas sus cualidades artísticas y aún sus bellezas y *finas* líneas, no me bastan. Es decir, no las quiere el público.

—Pero que quiere ese... público, después de lo visto?

—Precisamente lo contrario. Exuberancia, formas espléndidas, rozagancia, aunque burda; por fin, como diré. Pero ese público es mentecato?

—No, es gastrónomo pero de paladar estragado. Ya no quiere manjares exquisitos, plato *imperial* de ángeles.

—Sí... prefiere de demonios.

—Eso; eso mismo; estimulantes, incentivos .. eso ...eso ¿Me comprende usted?

Tanto que no comprendiera. Pero descanse usted que quedará servido, si yo no le acomodo acaso se averga con gañan con faldas, que tengo en casa y que me hace reír de lo lindo pretendiendo ser... artista.

—Y canta?

—Ya lo creo, como un becerro. .

—Y baila. Como un mico.

—Pues traigala usted; quien sabe si esa chica está...

predestinada PARA EL ARTE.

—Ya lo creo...

—Ah, y diga usted señorita.

No es plato... *soso*... digo, es delicado.

—Cá .. señor; es una adonis .. del Paraíso (perdido).

—Pues tengo anhelos por verla.

—En breve satisfará usted sus *anhelos* (seguro que mi viandera acomodará á este hombre.

—Bravo! Bravísimo!!





¡Viva la gracia! y que chica tan alegre y tan voluntaria y... tan.. esplendida!

Vaya; esto si que es artístico... á la moderna.

—Ha dicho que estoy bien?

—De rechupete, chica. Vaya! si estoy prendado de ella de ese fuego y de ese aire.

—Aemas canto JOONDO...

—Sí, preciosa?

—Y bailo de corto y... en dos tiempos.

—Ole, ole, ole!

—Y *misté*, no me ando—con escrúpulos—*cal* público hay que agradarle, según yo entiendo.

—Ajajá! Eso es. Sobre todo ser complaciente con el público .. pagano.

—Conque sirvo?

—Vaya si sirves.

—Y se queda usted conmigo?

—Contrata hecha, y antes de un mes el *debüt*.

—Vamos no sea usted guasón! *Debut* no, *pagando*.

—Entendido hija, y adelantada la paga.

—Conqué ya soy artista?

—Poco menos.

—Ay! que gracia, y que envidia daré á las amigas con mi traje de reina ó de corto, *pa* lucir á los señoritos!!

—Esta muchacha es una mina, algo fea es, pero graciosa y... desenvuelta. Pero, en fin los afeites ponen hecho un adonis á un adefesio, al mismo Esopo. En el teatro, todo es cómico.

Ya verán, ya verán mis rivales, mi diamante en bruto; cuando salga á escena vestida de amazona, á la *guerriere*.

Por lo demás, que arte, ni que niño muerto! En el teatro, por dentro y por fuera, todo es convencional.

El público no está para lirismos, quiere platos fuertes, pues que se atosigne.

FABLA.

EN UN ALBUM

La edad tiene también sus estaciones
Como las tiene el año;
A los quince tan sólo hay ilusiones,
Y á los cincuenta todo es desengaño.—

Tú estás en Primavera; veo tu cielo
Puro y azul, bañándote en fulgores
Y en alas de tu ideal, alzas el vuelo
Y hallas sólo doquier, aves y flores.

Dios, la Patria, el hogar, son los escudos
Que con orgullo luces, y en que fías
Para hacer frente á los embates rudos
Del cruel dolor en en los aciagos días.

Para tí no hay ficción; tienes confianza
En que has de ver triunfantes tus enseñas,
En que se ha de hacer verbo tu esperanza
Y has de ser tan feliz como lo sueñas.

Mas ¡ay! que la ilusión es cual la planta
Cuyas flores el cierzo las marchita;
La ilusión es un ave que no canta
¡Cuando se pasa la estación bendita!—

Tú estás en Primavera .. Sueña ahora,
Antes que llegue en su girar eterno
A recordarnos que pasó la aurora
Con glacial voz, el desolante Invierno!—

LUIS PONCE DE LEÓN.

SECRETA VENGANZA

--Le debía yo la vida al conquistador de *Vulacan*, de cuyo nombre deriva el del marquesado que se instituyó á favor del general vencedor Don Diego de Rosales, que es el personaje de que me voy á ocupar.

Así comenzó á expresarse el anciano Don Pedro Vargas, cubano de buena cepa y republicano de ley á quien conocimos en un viaje interoceánico abordo del magnífico paquebot «Isla de Cebú».

Y rollanados, en compañía de algunos camaradas de abordo, en cómodos *chaises longues*, en el salón-fumador del enuciado trasatlántico, nos preparamos á escuchar con interés la narración que nos prometiera el de Vargas, quien entre sorbo y sorbo de exquisito Moka, recomenzó de esta manera.

—Y á fe, que si salvó mi vida el bueno, cuan valiente Don Diego de Rosales, después de iniciado el desembarco y derrota de los míos en los famosos campos de *Vulacan*, con honra le pagué, limpiando de la suya negra mansilla.

Y hago este exordio, tan sólo para demostrar que, no á todos los cubanos nos cabe en buena ley ni por sus cabales el epíteto de ingratos, ni que tampoco son todos los que al luchar contra el nefando sistema colonial, olvidan su brava prosapia y honrada estirpe.

—Muy bien! muy bien!—interrumpimos con calor los oyentes del anciano narrador.

Este continuó.

—La última vez que lo ví, al estimado Don Diego de Rosales, y de cuya entrevista nació el origen de mi venganza, pues que habeis de saber, señores, que de venganza y sangrienta se trata, fué en su hermoso palacio de la Castellana, en Madrid.

Como yo era amigo íntimo de la casa, entré sin anunciarme, pero... declaro que me quedé como perplejo y asombrado á la vista de lo que no esperaba.

Trabajo me costó, en efecto, conocer al garrido y arrogante militar en la envoltura informe y excoxiada de un esqueleto ó armazón de hombre; de músculos prominentes é inmóviles de carnes morbidas, y serosa y rugosa epidermis, con hinchazones edemáticas, en fin, todo un cuerpo enfermizo y enclenque, una naturaleza empobrecida, herida ya de muerte, era lo que representaba al en otrora bizarro y arrogante soldado, al héroe en cien batallas, al conquistador de *Vulacan*.

Su marcialidad y su apostura habian desaparecido, desde luego; ya aquellos sus ojos expresivos y bravos y cuyas miradas sugestionaban por lo fieras hasta á sus propios soldados, aquellos leones á quienes conducía al combate y á la victoria, trocándose habian en vidriosas y sin luz, de miradas vagas, bien que á las veces lo eran fijas y aceradas, de odio y fiereza y que se desprendían y apagaban á guisa de faros luminosos ó fuegos fatuos, de aquellos sus cuencas orbitales que se parecían propiamente dicho, por lo negras y hondas á las cavernas de un abismo.

Sin voz ni eco, sin palabra ni movimientos articulares y sin más que imperceptibles oscilaciones musculares, aquello era una momia egipcia, movida por el galvanismo.

Tendido sobre un sofá-cama, en poder de fámulos descastados, yacía en efecto mi viejo amigo, el general, Marques de *Vulacan*, víctima á la sazón de mortal astenia complicada con parálisis traumática.

No podía hablar, sólo sus ojos se animaban algunas veces luego de supremas convulsiones, pero con aquel mirar bravo, con aquella fiereza misma con que se hizo obedecer de sus soldados interponiendo su cuerpo entre el mío y las bayonetas de los suyos, que no me daban cuartel, luego de vencido como yo no les diera á sus camaradas en ocasiones idénticas y como era común en ambos bandos, en la cruel y despiadada guerra de los episodios sangrientos, que iniciamos contra la metrópoli á mediados de nuestro siglo.

Y seguí contemplando aquella marmórea estatua, página agonizante de la patria augusta y quise ver que, aún en ella había fuego en el cerebro y sangre en el corazón. Miróme y miréle y adiviné que aquellos sus ojos, en mí fijos, me hacían saber lo que la boca del pobre paralítico no podía articular.

Momentos hubo en que las oscilaciones orbitales de aquellos ojos sin expresión, se trocaban en sonidos articulares como contacto voltaico y se comunicaban magnéticamente entre el cerebro de aquel cuerpo rígido é inmóvil pero con alma y mi pensamiento y corazón.

Todo lo adiviné: todo lo entendí, con la solución del arduo problema, ayudado del *diablo mundo* y por haber presenciado á mi entrada, en el palacio de *Vulacán*, una escena de repugnante adulterio en que era actor principal, la hermosísima marquesita de ese nombre.

En efecto, no esperando ésta la entrada sin previo aviso del amigo íntimo del dueño de la casa, pude observar que la marquesita en cuestión estaba en coloquio amoroso é íntimo con un cierto condecito del Real, traidor á la causa española, y, problemamente á la antillana también.

Con fijeza é interés, á mi vez, miréle yo, algo sin duda comprendió el desgraciado caballero en mi actitud fiera que en movimientos nerviosos y con expresión de rabia á la sazón significaban mis ojos y mis músculos, pues, que, crepitaron sus huesos y un movimiento supremo, de angustia y de impotencia fueron la demostración latente, de lo que aquel ser sin vida física sufría, para *pedir*, ó hacerse comprender lo que quería y para agradecer lo que esperaba.

Yo ya no pude sufrir más y todo angustiado y soberbio le expresé con ojos, manos y articulaciones fieras «sí mi amigo, mi salvador, ya te comprendo; tal villanía merece reparación y venganza; por mi honor y por mi afecto te lo juro que la tendrás acabada!»

Así le dije con voz bronca al desdichado don Diego y si me entendió ó no, lo ignoro, pero ví que de sus ojos surgieron lágrimas ardientes, acaso de gratitud y satisfacción y con mezcla de odio.

Yo también lloré, pero de rabia é ira; dile un beso en la rugosa frente á aquel desdichado á quien no vería indudablemente más y jurando, con ademán expresivo, vengarle salí apresurarlo de aquella estancia de la infamia y del dolor.

Y tras el de Real me fui, con ánimo de serle la sombra y personificación de la vengadora visión de *Hamlet*.

—Como dije antes —continuó el anciano de Vargas,—satisfecho, sin duda, de la atención sombría cuan emocionante que le prestábamos á su relato,—el Vizconde del Real era un traidor de la causa española en la Gran Antilla, de la que vendía sus secretos á los nuestros, como probablemente los de estos al gobierno de Madrid.

En París hacía vida con los cubanos emigrados, como en Madrid la hacía con los afectos á la causa española. ¿A quien servía y de quien era sincero amigo? Probablemente á nadie, y de nadie, seguramente que todos éramos vendidos. Ellos y nosotros. Los separatistas y los integristas!

La misma noche de mi anterior relato me puse en camino para la capital de Francia, en el mismo tren en que iba el vizconde, de cuya partida me enteré por un criado infiel á quien compré oportunamente.

Para no desperdiciar la ocasión, me aposenté en el mismo *reservado* en que iba, mi desde entonces, sangrienta presa.

Me disculpé de mi torpeza, al invadir el *reservado* y como ya resultábamos *amigos* de antes, por causa de mi carácter de conspirador y el de *traidor* ó confidente del vizconde, no hay para que decir que desde la partida del *express* en que íbamos, se inició la conversación y la confianza. Y en ésta seguimos hasta la capital francesa y á cuantas excursiones fuimos ambos invitados allí.

Tal era nuestra intimidad que nos llamaban los «inseparables.»

Mi objeto, naturalmente, era el lograr saber el secreto de la intimidad entre mi vizcondecito y la marquesita de *Vulacan*. No quería proceder de ligero, puesto que, al fin, el pobre paralítico no se había podido expresar. Además era forzosamente saber si el *diablo mundo*, á que me he referido, calumniaba ó decía la verdad.

Varias veces me inicié en la intimidad del Vizconde, sacando á relucir los *diceres* de la sociedad madrileña, sobre la infidencia de la señora de *Vulacan*, y la inocencia de mi interpelado, sobre inoservancia del noveno mandamiento. Pero declaro, que, ó el hombre era inocente ó se portó caballero. Nada pude saber.

Prometíme perseverar en mi espionaje y al efecto continuar en la intimidad iniciada, y estrechando relaciones con el vizconde

Cierto día fuimos invitados á una partida de caza, por un común amigo, el duque de Roche Noire un noble francés, á un castillo que poseía en la Bretaña.

La excursión de que se trataba, duraría algunos días y en ellos se haría música, caza, juego. . .

Aceptó mi compañero el vizconde y acepté yo con gusto, puesto que la reunión prometía y en ella podría llenar mis fines, visto el elemento de que se iba á componer.

Los temas obligados, serían la caza, apuestas, y. . . duelos por consecuencia. . .

Cierta noche, entre partida y media de *ecarté* y *bácará* y luego de bien pasaditos los comensales del anfitrión, se inició una conversación sobre. . . conquistas.

Aquí viene lo esperado tanto tiempo, me dije. El hombre hablará ahora ó nunca.

En efecto, el vizconde ya muy pasadito de tanto libar, largó la sin hueso, y hete aquí, que entre el estímulo, aplausos y empeño de los concurrentes, nos contó la siguiente anécdota:

«Hablando de la corrupción de la aristocracia madrileña,—según él,—refirió, que hacía unos años, asistiendo á uno de esos matrimonios desiguales que se suelen verificar sin mirar las consecuencias, se empeñó en la empresa amorosa de la joven desposada,

«Ella era una niña lozana, hermosa, que apenas contaba diez y siete primaveras.

«Figúrense ustedes, agregaba,—que su primer vestido largo era el que llevaba en la ofrenda de su amor ante Dios y ante la ley. En fin, que de simple educanda de un colegio pasaba á los brazos de un esposo, noble y linajado, eso sí, pero que le llevaba, señores, á aquel capullito, cerca de un medio siglo. Aquí—continuó el anciano Vargas,—no debo relatarles las chanzonetas y bromas de mal género que dirigían á aquel noble, que, por serlo, aunque no de alma, los comensales de Roche Noire, debiera merecerles respeto el ausente. Y dicho esto continuó.

Alguien interrumpió al vizconde, preguntándole cual era el aliciente de aquel extraño matrimonio.

«El oro, señores, el oro, la gran palanca social, fué lo que forjó la union del viejo con aquella tierna niña,—y continuó diciendo:

Ella, aunque noble también no tenía más patrimonio que sus viejos pergaminos, mientras su consorte era inmensamente rico.

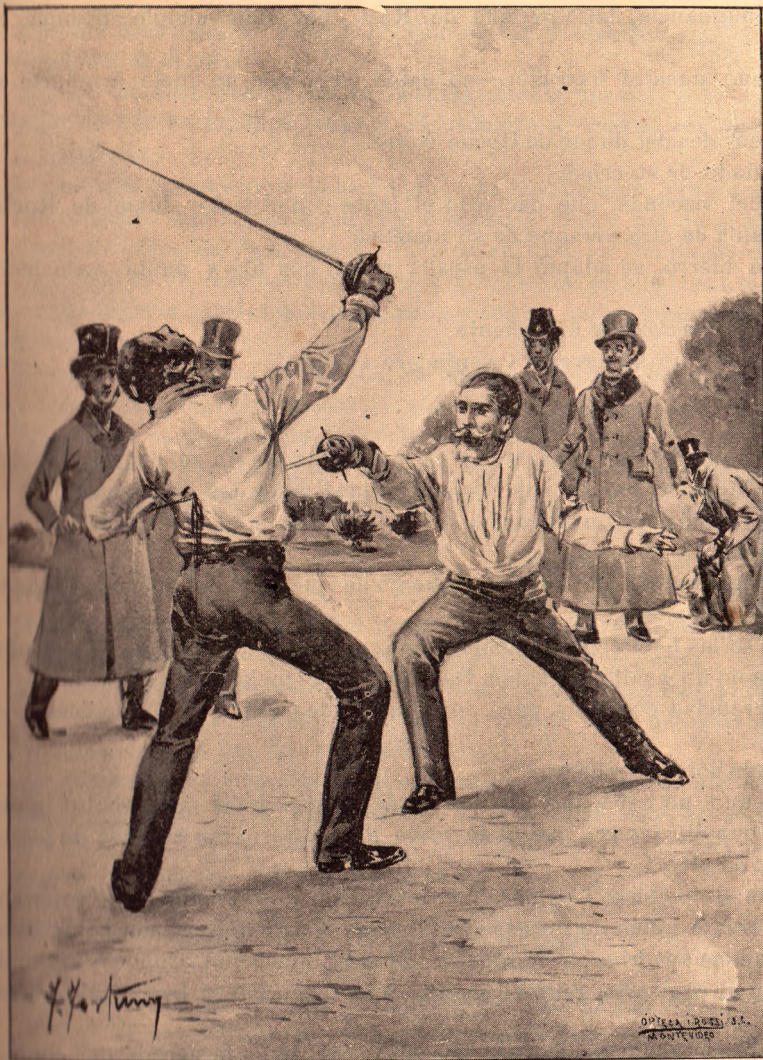
Terminada la ceremonia, como os iba diciendo, fui á felicitar á la chiquilla, es decir, á la desposada, á quien ya conocía anteriormente y entonces, caballeros, di el primer golpe.

Apretele la mano y á media voz soltéle un equivoco y recuerdo para ella oportuno y los que por modestia no debo recordar.»

Aquí interrumpieron al vizconde con bravos y carcajadas sus oyentes, agregando el baroncito de T***.

—Vamos una anécdota á lo Juan Tenorio. Adelante, que es interesante el asunto.

Para esto, yo que ya presumía el fin de la infamia del vizconde y como sé manejar las cartas, deslicé con disimulo una del juego á los piés del narrador.



Me fui á fondo con una napolitana baja y recta que mordió hasta el puño el pecho del adversario....

Pero ante todo, si pertenece á la aristocracia vuestra víctima, señor vizconde decid su nombre para completar la gracia de vuestra anécdota y tendremos tema en el Petit-Club, para solazarnos, —añadió el marqués de J***.

A esto señores no sé porque temí por la honra de mi amigo y opúsime con algunos de los más sensatos y menos beodos, á la publicidad de la infamia. Sobre todo que yo ya sabía lo que quisiera saber. Pero alguien más audaz inició un brindis por el nombre de la víctima—¡horror señores!—agregó con furia Vargas, que al fin profirió aquel miserable tartamudeando estas infames palabras: ¡BRINDO... POR LA HERMOSA MARQUESA DE VULACAN!

A esta blasfemia respondí con otra más atroz y el contenido de mi copa fué lanzado como esputo de sangre á la cara del infame vizconde.

Continuó éste, agregando, que la plaza fué sitiada en regla y que se rindió, dando por resultado... lo de siempre, un niño, ó niña porque no he sabido á que sexo pertenecería el fruto de aquellos amores.

Añadiré, señores, que la chica quedaba deshonorada *de hecho*, pues que su esposo que era militar, se hallaba hacía algun tiempo en campaña y...

... De aquí las exigencias naturales, de qué me hiciera cargo de la criatura, en fin señores, que no caí en el anzuelo, y un buen día tomé el *express* para evitarme ese y otro compromiso de la misma especie, con *otra que no era condesa* y... aquí se acabó el cuento.

—Los detalles, —agregaron con entusiasmo los invitados del castellano, —son los mas graciosos.

—De modo, que las conquistas eran á pares.

—Por lo qué veo, —dijo otro,— que si la empresa ha sido fácil, nuestro vizconde reconorá que las españolas no son tan bravas é inseducibles como se asegura.

—Bah!—exclamó el vizconde— las mujeres todas son iguales. Yo caballeros niego su virtud.

—Poco á poco,—interrumpieron otros,—que somos hijos de madre.

—Psch! —replicó el vizconde con desdén...

Todos los concurrentes quedaron paralizados como por fuerza extraña.

Mi agredido, como perplejo.

No podían creer que un cubano de ley quisiera reparar la honra del vencedor de *Vulacan*.

Quiso el vizconde echarse sobre mí, lo detuvieron, hasta que el mismo anfitrión me dijo.

—Señor de Vargas, habeis sido un grosero, puesto que tampoco teneis títulos para reparar la honra de vuestro feroz enemigo.

—Cá, señor duque,—interrumpí yo,—no se trata de honras; es que ese miserable vizconde ha olvidado que está entre personas decentes y acaba de hacer una fullería canallezca, ocultando la carta de juego.

Mirádla,—continué,—mirad ahí el cuerpo del delito—dije, á la vez que les señalaba la carta que deslizara poco antes á los piés del vizconde.

Todos aquellos hombres quedaron asombrados ante la manifestación latente de mi denuncia, y esos mismos *caballeros* que no tenían honor para responder por la dignidad ultrajada de uno de los de su clase, se retiraron con repugnancia, del Vizconde del Real, por una simple trampa en el juego!

Después de esta escena,—continué nuestro narrador,—no cabía duda que un duelo á muerte se hacía inevitable.

Yo regresé con los demás comensales del duque de Roche Noire.

El vizconde fué solo, acompañado de su criado.

Al otro día recibí los padrinos del vizconde, que pactaron el lance con el señor duque de Roche Noire, mi amigo y padrino, en compañía de otra persona de su amistad.

El duelo se pactó á muerte y á hierro, se adoptó la espada recta, con filo y punta; vale decir, *el peor hierro*.

No se podía desconocer que el *vizcondécito* era un valiente.

Lástima! que á sus prendas de valor no se agregara verdadera nobleza!

*
**

El día y hora convenidos, nos reunimos en un p rque de propiedad de un noble ruso, en las inmediaciones de París, los padrinos de ambas partes, sus respectivos médicos y los duelistas.

Se intent  inútilmente avenirnos y sólo por consideración se estableció en el acta respectiva, que el lance provenía de una disputa en el juego.

Se reconoció el terreno, fuimos registrados, por fórmula, y luego de quedar en condiciones esp ditas, se dió la señal. y se comenzó el combate.

Tiraba bien el tal vizconde, pero se las había con un hombre avezado   manejar hierro.—Su escuela era la francesa, su posición, como la de un asalto de salón. Reconocí su escuela y su elegancia.

Buen puño, mucha maestría, serenidad completa, pero, le faltaba intención y el conocimiento de otras tácticas.

Desde el primer momento, juzgu le hombre muerto.

Se dieron dos asaltos; al tercero aun no había descubierto yo mi dable escuela; me descubri intencionalmente en una parada floja, lo que dió lugar   que el acerc de mi contrario me refilese de plano, haciéndome una simple razgadura en la piel.

Se suspendió momentáneamente el combate. Los padrinos intentaron nuevamente un avenimiento.—Adelante,—contestó yo con altanería. Alguien de los espectadores me dirigió una mirada compasiva.

El duque de la Roche Noire, que me apadrinaba se sonreía imperceptiblemente. Conoció sin duda mi táctica, no otra que la de fatigar al contrario, permaneciendo   la defensiva y haciéndole entrar en deseos de *pinchar carne*.

Recomenz  el combate—A las primeras de cambio me descubri otra vez, y la espada del contrario, buscando con avidez mi cuerpo, se tendió en primera   fondo.

Osciló mi cuerpo, y rapidamente me baj  y amag ndole en tercera, me fui   fondo, con una napolitana baja y recta, que mordió hasta el puño el pecho de mi adversario .. quien bambole  su cuerpo, encogiéndose nerviosamente, entorn  la vista, lanzó una bocanada de sangre y... se desplomó....

.

El marqués de *Vulucan* quedaba vengado y yo hab ale pagado la deuda de mí vida, que expuse, para lavar con sangre su deshonra.

Montevideo, Agosto de 1898.

JOSÉ MA. BLANCH CODOÑER.

NUESTROS GRABADOS

Cerebro excepcionalmente dotado, clara concepción de las ideas, inteligencia poco comun; estas son las dotes que posee el doctor Alfredo Navarro, cuya fotografía tenemos el honor de presentar.

Nacido en Montevideo el 4 de Junio de 1868, recibióse de bachiller en 1885, trasladándose á la gran capital, cerebro del mundo, lleno de ardiente amor por la ciencia, con la más nitida visión del ideal y la mas férrea voluntad de realizarlo.

Muy pronto su asiduidad y su celo hicieronle ganar el concurso del externato.

Fácil le fué, con su contracción y su carácter austero, al lado de sus eminentes maestros: Brissand, Tollaue, Blum, Pilaillon, Th. Anger, Reclus, Tuffier y Ribemont-Dessaignes recibir en el concurso del internato, el premio de sus afanes y trabajos con la excepcional nota de *Laureado de los Hospitales de París*.

Su tesis de doctorado, llena de investigaciones nuevas y de experiencias personales, le ha dado el honor de ver su nombre citado, en cuantos artículos, revistas y tratados se ocupen del punto por él estudiado.

Profesor de operaciones, de la Facultad de Medicina de Montevideo en 1895, sus discípulos recuerdan con placer, la organización nueva y la forma brillante que dió al curso que regenteaba.

Como Profesor de Patología Quirúrgica en 1896, su imaginación vivaz, su palabra clara y concisa, llena de raudales de enseñanzas, la forma y la fuerza de sus ideas, la rectitud de su criterio, han contribuido á enaltecer la cátedra que desempeña y con su experiencia, á señalar el derrotero que sus discípulos deben seguir.

Cirujano del Hospital de Caridad, en 1897, su experta mano, ha arrancado á la muerte más de una vida y los que han tenido el placer de seguirle en su curso, han podido comprobar, con que rigurosa exactitud ponía en práctica las ideas emitidas en la cátedra.

Pensador eminente, filántropo por carácter y con la más clara noción de la vida, une á una sensibilidad exquisita un excelente corazón.



Sofía Gomez Cibils.—En precioso laminado reproducimos en la página 43, la imagen esbelta de la beldad, cuyo nombre nos sirve de epígrafe á estas líneas.

De severas delineaciones y amorosos y muy graciosos perfiles, y contornos; de mirar dulce y grato y de exquisito porte, es la selecta damita que presentamos, como ejemplar de las bellezas del Uruguay, una de sus mas preciadas niñas.

Es además muy joven, la bella, apenas ha visto entreabrir en sus albores de mujer hermosa y opulenta, el rosal de la vida fragante y de la esperanza, en su quinquenio, despertar.

Es en efecto la hermosa niña, de faz severa y de exquisiteces supremas, una de las más preciosas unidades de las bellezas del Uruguay.



El Moisés de la Meseta.—Respectuosos ante lo grande y lo sublime, no podemos ni herir con la mera crítica lo que rememora el espíritu y grandeza de alma, de lo abnegado y grandioso, pero ni siquiera lo que se refiere á la figura plástica de su envoltorio carnal.

Nos referimos á la estatua del Gran Uruguayo, que los patriotas elevan á su memoria en la ciudad de San José, que en vez de llamarse de Mayo, debiera denominarse de Artigas.

Y bien, la estatua en cuestión, es un crimen de lesa arte y de lesa estética, si se quiere, hasta un anacronismo histórico.

El general Artigas, no es el personaje que la estatua, en *fotograbado*, que reproducimos, quiere ser.

Ni sus facciones severas, ni sus líneas atrevidas, ni su dureza de guerrero. Nada de esto hay en la imagen que producimos.

Su posición es desgarbada. La cortesía forzada con que se le exhibe, en el bronce, no es la propia del gran caudillo, cuyos rasgos, habitud y carácter, grabaron en los anales patrios, ilustres escritores del Uruguay.

Ese espadín sobre cuya empuñadura bordada descansa la diestra del héroe; esa su actitud campanuda y gachona, no son las que cuadran al duro guerrero, al hijo de la edad del hierro del Uruguay, de esa época brava, bregante y dura, que dice rememorar la estatua, en *fotograbado* que publicamos.

Ninguno convendrá en que la estatua en cuestión, sea la del General Don José Gervasio Artigas.

Y nada más decimos por hoy, pues, que, en ocasión oportuna haremos la crítica analítica del bronce en cuestión.

¡Lástima que no se hayan inspirado mejor los artífices encargados de rememorar en forma plástica, al apóstol flamígero de la redención patria!

¡Y lástima también, que no haya sido ecuestre la estatua del revelado!



Don Carlos de Borbón y Este.—Entre lagos de sangre nada el dogma del ultramontanismo español, representado por la figura del pretendiente al trono de San Fernando.

Comenzó la lucha al azar de una discusión dinástica entre los defensores de la ley Sálica que abolió Fernando VII, y que no otra cosa era que exclusión del trono á las hembras, y los que admitían el contrario principio.

Los representantes, en armas, de las diferentes teorías, éranlo, de una parte, los *cristinos* ó *negros*, defensores de la abolición, de la referida ley Sálica y del trono ocupado á la sazón por María Cristina de Nápoles, como regente, de su hija, la infanta Isabel, que reinó más tarde con el nombre de Isabel II. Era ésta, hija de Fernando el *Deseado*; la regenta, su madre, esposa tercera de ese *augusto* soberano tan temido como cruel.

El contrario bando tenía por cabeza el pretendiente Carlos V, hermano del referido Fernando.

Siete años duró la guerra *facciosa* ó *carlista*, del primer periodo. Sucedióle á ella, luego del abrazo de «Vergara», la llamada guerra *chica*, que terminó con el fusilamiento del traidor Ortega y la aprensión del conde de Montemolín, por otro nombre Carlos VI. Otra intentona del hijo de éste, no otro que el que en figura publicamos, bajo la denominación de CARLOS DE BORBÓN Y ESTE, pretendido Carlos VII del trono de España, ensangrentó otra vez á ésta.

Después de la intentona referida, en que escapó al pretendiente á uñas de buen caballo, luego de derrotadas sus huestes, vino la guerra mayor del carlismo, que concluyó frente á Bilbao, con el indispensable convenio, en que se reconocieron grados y prominencias á las cabezas del movimiento, que es como se castiga en España á la demagogía blanca, bien que como la roja, también es petrolera. Ahora se anuncia la reproducción del carlismo, de esa hidra que se mantiene del obscurantismo del pueblo y del egoísmo del dogma.

Que Dios le depare mejor suerte, á ese pueblo, digno de tal.



Los grabados que reproducimos en las páginas 46 y 47 representan las casas de gobierno antigua y moderna. Por ellas se vé el rápido progreso de nuestra vida artística y de nuestra vida moral.

CRÓNICA NOTICIOSA

GRACIAS COLEGAS: Y muy expresivas se las damos á los colegas de la prensa diaria de la capital, como á los de los congeneres de EL URUGUAY ILUSTRADO, que ven la luz de la publicidad en Buenos Aires, por el saludo, con palabras de encomio, que nos delican.

De agradecer es tan fraternal conducta, que nosotros estimamos en lo que vale. Gracias, repetimos, colegas.



TEATRALES—Tenemos actuando en nuestros teatros «Solís» y «Cibils» dos importantes compañías: lírica, la del primero de nuestros coliseos; gimnástica y ecuestre la del segundo. Ambas son dignas de protección, pero la que merece nuestra predilección, por el género que cultiva y lo selecto de sus componentes es la primera. La del empresario Pastor, con un cuadro artístico completo y muy bueno, de toda bondad; con una tiple de escuela, de voz afinada y sonora y que canta con gusto y propiedad.

Por otra parte, la Pretel, no es una desconocida en el arte lírico, tiene ya sus triunfos de cantatriz excelente y muy eximia, en el género que cultiva; la zarzuela y la ópera ligera.

La dirección, á cargo del señor Pinedo, que es también un buen cantante y mejor actor cómico-dramático. No deja nada que desear.

La orquesta está á cargo del maestro Maiquez, ya reputado en el Río de la Plata.

Nos ha decidido á quebrantar nuestra reserva, al respecto de la apreciación de las compañías de zarzuela que hoy en día *padece*mos, el estudio concienzudo que hemos hecho de la buena compañía en cuestión, en una de las piezas modernas que *mas bemoles* tiene en el género ligero; «El Toledano» que ha sido ejecutada con arte por la compañía Pretel-Pinedo y con afinación y gusto, descollando en los desempeños más arduos la señora Prebel, el señor Pinedo y el maestro Maiquez. *El Husar* y *Trafalgar* que no son, aunque parezcan, del género *chico*, han sido también ejecutadas con propiedad y discreción.

En el número próximo llevará la palabra nuestro crítico «DELMAR».

Concluiremos felicitando á la empresa Pastor y á la compañía Pretel-Pinedo.



LAS ORILLAS DEL MOLL—El señor Carlos Faure, nos ha enviado con una linda habanera para piano, una primicia de su talento musical. *Las orillas del Moll* se titula y es de gusto artístico.